

adoptó entre nosotros la poesía popular (22); y aunque ninguno de los que nos restan sea en su totalidad anterior al siglo XIV, así en ellos como en varios del XV creo hallar vestigios y trozos proverbiales de otros más antiguos (23).

Habiendo expuesto ya mis conjeturas sobre el carácter y antigüedad del romance primitivo, falta todavía decir algo respecto á las fuentes de donde los caballerescos tomaron la parte fantástica, que unida en los históricos con los colores característicos y locales del país, han producido en los siglos XVI y XVII un sistema poético peculiar á nuestra nación.

Los libros y poemas caballerescos representan la idealidad poética, las costumbres aventureras y feudales, y la mitología ó sistema de lo maravilloso que aparece en los siglos medios, así como los poemas de Orfeo, Hesiodo y Homero las de los primitivos griegos. Tanto en unos como en otros se descubren ya pruebas de unas sociedades organizadas, que según su respectivo sistema, tienden á perfeccionarse de un modo progresivo y ascendente sobre las bases religiosas, políticas y civiles que las constituyeron. Si los ingleses Thelesino y Melchino, según supone Huet, escribieron, el uno la crónica casi contemporánea de Artus, y el otro la de la Tabla redonda, pudiera afirmarse que los primeros vestigios del espíritu caballeresco que hubo escritos, ascienden al siglo VI. Fué generalizándose este espíritu hasta producir los tiempos feudales, donde se completó un sistema político fundado en bases que constituían á la caballería casi como una orden religiosa. En esta época llegó á su mayor altura, descendiendo después á medida que el poder monárquico sofocaba con la fuerza de las leyes la insubordinación aristocrática, y emancipaba al pueblo de la arbitrariedad de los grandes. A fines del siglo XVI, el espíritu caballeresco y el género fantástico de literatura que produjo, había decaído tanto, como preponderancia adquirían los intereses materiales sobre el entusiasmo y la imaginación. La pluma del inmortal Cervantes acabó y puso fin á la obra del siglo, y desaparecieron ante su *Quijote* los amores místicos, las increíbles hazañas, los encantamientos, los Amadises y Esplandianes; y acaso también acabara con los Carlomagos, Roldanes, Reinaldos y los Doce Pares, á no haberlos elevado un monumento eterno el Homero de Ferrara, cuyo talento sublime no pudo ser oscurecido por el espíritu de parodia y prosaismo del mayor ingenio conocido en Europa y con el cual tiene más analogía que lo que á primera vista parece.

Aunque Thelesino y Melchino pusiesen mucho de suyo en las referidas crónicas, es de imaginar hallasen ya creado el fundamento de sus fábulas en los hechos y tradiciones vulgares, donde siempre se encuentran los primeros vestigios de las creencias del pueblo (24), las cuales cuando no son productos de una religión revelada como el Cristia-

(22) Pueden servir de ejemplo casi todos los romances de la primera y algunos de la cuarta sección de los caballerescos é históricos. Véanse el de *Vergilios*, el de *Moriana*, el de *Julianesa*, el de *Las bodas de Doña Lambra*, etc. La sencillez y el tono libre que los distingue, caracterizan bastante bien el estado social del tiempo en que se compusieron.

(23) Si á tales reflexiones se añaden las que resultan comparando algunos romances antiguos, aunque alterados y modernizados, con las composiciones de Alfonso el Sabio y el *Poema del Cid*, se verá que aquellos, al menos en su primitiva creación, deben ser anteriores, porque después de haberse compuesto las últimas, no pudieron retrogradar tanto la literatura y la lengua, como resulta de los primeros. Confírmese mi opinión examinando las composiciones del siglo XIV, infinitamente más cultas y adelantadas que no los romances de que hablamos. Debemos pues inferir que estos habrían de preceder á la más artificiosa y complicada poesía del *Poema del Cid*, lo cual es más obvio de pensar, que el que se hallase la nación sin cantos en lenguaje vulgar desde que el latino dejó de serlo, es decir, más de seiscientos años.

(24) ¿Cuánto pudiera decirse sobre tan importante materia! Quien estudia la historia y la literatura exclusivamente en los libros, y entre los estrechos é intolerantes métodos del siglo XVIII, jamás conocerá más hombres que los franceses, ni más tiempos que dicha época, y siempre ignorará los resortes por donde el género humano tornó á encontrarse en el camino ascendente de la perfectibilidad. Los filósofos de aquel siglo, ocupados en esgrimir las armas de la ironía contra la superstición y las preocupaciones, apenas echaron una mirada filosófica sobre los siste-

mas que destruyeron, ni sobre los grandes medios que estos prestaron á la civilización. Vieron únicamente en Hesiodo y Homero dos poetas, dos modelos de literatura, y en sus obras unos excelentes poemas, ó cuando más, unas bellas y magníficas alegorías de la naturaleza; pero no como debieran las grandes epopeyas, los sublimes sistemas que tanto influyeron en la civilización europea, y cuya marca indeleble se halla estampada todavía en las modernas sociedades. Hesiodo y Homero, creadores de la epopeya griega, formaron sus poemas, redactando con sus fábulas todo el sistema político, filosófico y religioso que constituyó el espíritu de los pueblos progresivos, bajo cuyos auspicios marcha aun la sociedad europea, mientras la asiática permanece estacionaria hace ya siglos de siglos. Pues bien: Hesiodo y Homero, ¿hicieron más que revestir de bellas y convenientes formas, y dar unidad á las tradiciones de la cosmogonía y filosofía sacerdotal de los egipcios, modificadas por las localidades y el carácter de los griegos? ¿Estas tradiciones eran otra cosa que los medios inventados para ligar el pueblo por la imaginación y el sentimiento á las bases y modo de una sociedad progresiva? ¿Era por ventura salirse de las vías de la naturaleza el aprovecharse de la propensión innata en el hombre hacia lo maravilloso, para conducirlo donde no alcanzaba la razón natural? ¿Por qué pues no hemos de considerar, en las epopeyas de todas las naciones y edades, sino el arte del poeta, prescindiendo de los medios filosóficos que contienen é influyen tan fuertemente en el modo y sistema de sociedad? Un gran poeta épico es á mis ojos el complemento de una crisis social y el principio de otra: por eso en los intermedios aparecen solo pobres y mezquinas epopeyas; por eso son imitado-

nismo, reducidas á sistema por los legisladores y cuerpos sacerdotales, sirven de base á toda sociedad donde aquel no es el primer elemento (25). Estos sistemas, cayendo después bajo el dominio de la poesía y de los grandes ingenios que los vistieron de colores propios á exaltar la imaginación, produjeron, amalgamándose con los cuentos populares, los sublimes poemas que han vencido al tiempo y las edades. Empezó la sociedad de los siglos medios á formarse sobre distintas bases que las antiguas, desde que los bárbaros del Norte se comunicaron con el mundo romano, y pudieron minar lentamente la que allí se hallaba establecida, pero que flaca y débil por su misma corrupción, necesitaba ya reemplazarse por otra más fuerte, joven y robusta. La creencia, fábulas y costumbres de los celtas y escandinavos se habían modificado por las tradiciones civiles y religiosas, que Odin (ó Wodin) introdujo en el norte de Europa (26) antes que sus habitantes se desplomasen sobre el imperio de Occidente. La invasión del Norte por Odin y los asiáticos se apoya en hechos históricos, y sin ella ú otra semejante no pudiera concebirse cómo se halló en Europa de repente un sistema de superstición popular, y una mitología compuesta de tradiciones orientales unidas á las germánicas y á las reminiscencias del paga-

ras y no originales. Desde el siglo XIII al XVI se acababa el trabajo social de la edad media, y comenzaba el de la civilización por los intereses materiales; entónces aparecen el Dante, el Ariosto y el Taso. ¿Quiénes le siguen en el siglo XVII y XVIII, donde se perfecciona y completa el trabajo de la nueva sociedad? Ninguno que pueda compararse á ellos. Ahora en el siglo XIX ya se ostenta la sociedad terminando la obra de los dos anteriores, para empezar la del amalgama y fusión de los intereses materiales y morales, y ya aparece como precursor de una magnífica epopeya el grande hombre que impele su siglo hacia ella, y se la diere, á nacer cincuenta años más tarde. En vano el hombre quiere poner diques á los siglos; la fuerza de las cosas y la Providencia rigen sus pasos y le conducen al fin de sus altos decretos. Todos los sistemas humanos están llenos de errores y de verdades; pero para discernir los unos de las otras, es necesario no mirarlos por un solo aspecto, y preciso además escuchar y discutir imparcialmente aun las cosas que más chocan con nuestras ideas, pues de lo contrario, jamás podremos juzgar con acierto sobre ellos.

He dicho en el cuerpo de este discurso, que los primeros monumentos escritos donde aparece el espíritu caballeresco de la edad media, ascienden al siglo VI; mas no pretendo fijar su base en esta época, pues estoy muy seguro que viene de siglos muy anteriores. Ya en los primeros de la república Romana aparecen los galos, los cimbro, los germanos y los francos formando grandes y numerosos pueblos invasores, que se civilizaban y existían bajo el imperio de sistemas religiosos y políticos, harto complicados para no suponerlos producto de infinitas generaciones. César nos pinta los druidas y bardos como sacerdotes y magistrados de sus respectivas naciones, y para designar los poemas que la juventud del Norte aprendía de memoria los veinte primeros años de su vida, la lengua latina inventó la enérgica y significativa frase que decía, *libri exaltationis*. La mano poderosa del tiempo no acabara quizá con ellos, si los pueblos del Norte adoptando la sublime religión cristiana no los hubiesen destruido, como también lo intentarían y lo granaron con los monumentos de la civilización griega, si un sér protector no lo impidiera para conservar á la posteridad pruebas de los esfuerzos de la humana inteligencia. Los poemas irlandeses, los de la Armórica, del país de Gales y de la Cornualla, que mecieron la cuna de las sociedades célticas, dejaron algunos restos de lo que fueron en las traducciones latinas que existían aun en el siglo XI, pero que á su vez se hundieron como los originales en el río del olvido: no tanto empero que no resten aun numerosos vestigios de su contenido en los poemas caballerescos del siglo XII. El célebre Mr. Quinet trata de publicar algunos de los setenta códices manuscritos inéditos de dicha clase que ha descubierto en la biblioteca real de París (1), entre los cuales existen algunos que con-

(1) Acaso se hallarian monumentos igualmente preciosos en

tienen desde treinta mil á cincuenta mil versos. Muchos, según se dice, son libros genealógicos de dinastías, cuyas noticias histórico-romancescas ascienden á una época treinta generaciones anterior á la invasión de las Galias por los romanos. Otros son poemas caballerescos, tales como *Perceval*, *Lanzarote*, *Tristan* y *Giron Cortés*, que presentan mucha importancia para la historia de la civilización, de la filosofía y de la literatura.

(25) Los primeros patriarcas, los hebreos y los cristianos, únicamente han conservado puras las divinas revelaciones; los demás hombres las corrompieron hasta el punto de que todos sus sistemas religiosos son fábulas y errores, que disfrazan los principios sencillos de la moral natural. Los cristianos dejan la ficción para la poesía; las ficciones son la religión de los pueblos infieles.

(26) Las naciones del Cáucaso al mando de Sigeo se introdujeron en el norte de Europa para poner su libertad al abrigo de los ejércitos romanos. Aquel caudillo tomando el nombre de Odin, deidad de los Partos, se constituyó legislador y profeta de los escitas, entre quienes halló seguridad contra las armas de Pompeyo. Llevó consigo la civilización asiática, y en su pecho un odio reconcentrado á los opresores del mundo. Con estos elementos, y los que le presentaba el país salvaje de los hijos de los hielos y las rocas, fundó una religión feroz y guerrera que participaba del carácter de los pueblos indígenas, del de los refugiados, y de la pasión rencorosa del legislador. Las fábulas orientales unidas á las de los celtas y escandinavos, y á las costumbres de todos estos pueblos, constituyeron la nueva mitología de Odin. En ella se encuentra refundida la idealidad y extravíos fantásticos, las hadas, los genios del aire y de la tierra, los encantamientos y el lujo de una imaginación oriental, con el carácter tétrico y adusto, con las pasiones feroces, con el culto de las rocas y los torrentes, con la creencia de los trasgos y brujas, con la semideificación de las mujeres, y con el pundonor de unos pueblos militares, entre quienes el valor personal era la primera y más excelente virtud. Así formó Odin el amalgama y transacción entre las doctrinas, costumbres y creencias de los pueblos del Cáucaso, los celtas y germánicos, que resulta de sus poemas. Aun se descubren en las sociedades modernas vestigios y profundas raíces de aquel modo de sociedad, las cuales ni el espíritu del Cristianismo, ni la filosofía, ni la razón han logrado arrancar ni destruir. Tanta es la fuerza de la preocupación y de la costumbre, que aun en el día el feroz duelista puede arrastrar al crimen al hombre honrado, pero pundonoroso.

las bibliotecas particular y pública del rey. ¡Ojalá que este trabajo mio llame la atención pública, la de los jefes de ambos establecimientos, y la protección de nuestro ilustrado soberano hacia esta clase de estudios é indagaciones, pues de ello resultarian sin duda medios para estudiar y penetrar el carácter que imprimió la edad media en la civilización española.

nismo. No hay sistema alguno mitológico que haya sido producto de un solo hombre ó de un solo siglo. El caballeresco, como todos, es un conjunto de ideas creadas en diversos tiempos, que se han transmitido modificándose á cada paso con el roce de intereses diversos, y de distintas idiosincrasias nacionales (27).

Cayó el imperio romano, y con él la religion y literatura pagana; pero algunas reminiscencias de sus fábulas quedaron todavía, aunque despojadas del colorido y brillo sensual, que depuso en ellas la imaginación risueña de los griegos, y el carácter de la antigua civilización. La memoria de estas fábulas descompuestas y vestidas de mas severidad y ménos riqueza, pudo servir de elementos á algunas ficciones caballerescas. ¿Por qué los recuerdos de un Hércules y un Teseo no habrán producido á Roldan y Reinaldos, y los de Medea y Calipso una Urganda y una Viviana (28)? La serpiente Piton y la hidra de Lerna ¿no serán ascendientes de las sierpes y dragones encantados? El de las Hespérides, ¿no se parece al jardín de Falerina? Si los griegos y romanos tenían Titanes y Polifemos, gigantes descomunales y feroces hay entre los modernos; si aquellos poblaban de magas la Tesalia, nosotros de brujas llenamos los cementerios. Aquiles, todo invulnerable, sino en la planta del pié, tiene su imitación en Roldan y Ferragus, y las armas de Vulcano, en el encantado yelmo de Mambriño y en la armadura de Argalia. ¿Cómo pues se desemeja tanto la idealidad poética de la antigua y moderna civilización, á pesar de la analogía marcada que existe en la base de sus fábulas? Así como la mitología indica perdió en gran manera su misticismo exagerado y sus monstruosas representaciones de la deidad al pasar entre los egipcios, así la de estos dejó su severa y gigantesca rigidez, acomodándose á la brillante, risueña y apacible imaginación que el clima y las anteriores costumbres inspiraron á los griegos, y así también las fábulas de Hesiodo, Homero y Virgilio, glosadas por los pueblos del Norte y modificadas por sus tradiciones, se revistieron del carácter propio y peculiar que distingue los siglos medios. Diferentes hábitos, costumbres y existencias alteraron necesariamente el modo de considerar las cosas, y cambiando el espíritu, formas, idealidad y modo de concebir en poesía lo maravilloso, han producido un sistema acomodado á las nuevas bases sociales. Los griegos y romanos consideraban la especie humana bajo el imperio del fatalismo, y al hombre en general como un sér máquina sometido al inflexible destino. Su ídolo era la patria, á ella se sacrificaba toda individualidad: los mas fieros republicanos se tenían por mas esclavos de ella, y abdicaban todo interés personal ante el objeto de su culto. Este modo de sociedad formaba un centro de existencia comun y exterior que excluía la importancia del hombre como individuo, para atribuirle á un ente abstracto. Así es que la idealidad poética de la cosmogonía griega se adapta muy poco á la expresión de los sentimientos íntimos é individuales que tanto preponderan en las sociedades modernas. En estas el espíritu aventurero y las costumbres de los pueblos del Norte, amalgamados con las tradiciones orientales y con la moral del Cristianismo, crearon una idealidad poética que se apoya en la importancia del hombre individual, en los sentimientos íntimos del alma, en la lucha de la voluntad con las pasiones, y en la propensión á espiritualizarlo todo. La patria del cristiano no es terrenal, y para conquistarla cuenta solo con la protección divina y con los esfuerzos personales é independientes que haga sobre sí mismo.

Los griegos y los pueblos gentiles, que como los romanos adoptaron el sistema político y religioso de aquellos, fundaron su cosmogonía en la personificación alegórica de la na-

(27) Los libros y poemas caballerescos pueden dividirse en cuatro secciones, á saber:

1.^a Los de origen céltico, cuya mayor parte fueron compuestos en versos cortos de ocho sílabas. En ellos traspira ya el espíritu y carácter ligero é irónico de los franceses. Los poemas de *Artus* y de la *Tabla redonda* pertenecen á esta sección.

2.^a Se colocan despues los de origen germánico, compuestos en versos largos, y en pesado estilo, grave y sesudo: estos han tomado por héroes á Carlomagno y sus Doce Pares.

3.^a Vienen en seguida los que produjo el espíritu de la civilización de los griegos modernos en tiempo de las cruzadas, escritos en prosa, y caracterizados por su tendencia á revestir las pasiones de un velo místico y de una metafísica sutil é incomprensible. Tales son los Amadis.

4.^a Preséntase últimamente la sección de los poemas italianos que tratan de las guerras entre Carlomagno y los sarracenos, cuya base principal es la *Crónica de Turpin*. Los que precedieron al *Orlando*

Furioso prepararon el camino para que el Ariosto levantara la epopeya romancesca á la misma altura que Homero ensalzó la griega clásica. Entre muchos de estos poemas solo citaré los siguientes:

La Spagna: anónimo.

La regina Ancoja: id.

Altobello, ré Trojanó: id.

Perstano, figliuolo de Attobello: id.

Innamoramiento di ré Carlo: id.

Morgante Maggiori: di Luigi Pulci.

Mambriano: d'el Cieco de Ferrara (*Francesco Bello*).

Orlando innamorato: di Matheo Bojardo.

(28) *Alcina* y *Urganda* se parecen mas á *Calipso* que á *Circe* y á *Medea*. Algunos con mucho fundamento, y yo con ellos, atribuyen el origen de las fadas, los genios celestes y terrestres, los encantamientos etc. á las fábulas orientales; pero le queda sin embargo todavía mucho á la poesía caballerescas, donde se ven patentemente reminiscencias de la mitología griega.

turalidad exterior, revistiendo sus fenómenos con bellas, pero materiales formas; y así constituyeron sus goces y penas en el placer ó el dolor físico. Los modernos hallaron el fondo de su poesía, no en el colorido brillante de una imaginación risueña, sino en el sentimiento íntimo del libre albedrío, en el combate de las pasiones, en la importancia y superioridad con que Dios levantó al hombre y al género humano sobre los séres de la creación, y en fin, en el deseo de la patria mística que debe conquistar. Los hombres de la antigua sociedad derramaban sus pasiones, y como no luchaban contra ellas ni las comprimian, jamás formaron grandes contrastes morales; los de la moderna, combatiéndolas de continuo, las concentran en su interior, y cuando ya el corazón no basta á contenerlas, se abren paso desgarrándole, como el fuego de un volcán rompe las entrañas de la tierra, y lanza furioso enormes rocas sobre las columnas de humo que él mismo vomita. Tales son los extremos de donde parten la antigua y la moderna poesía, y entre ellos existe un número infinito de graduaciones que se suceden hasta llegar del uno al otro.

Las reminiscencias de los tiempos heroicos griegos, las tradiciones orientales, el sombrero y melancólico carácter de las ficciones escandinavas, el espíritu aventurero de los normandos, las costumbres feudales, el lujo de la imaginación árabe, y los sentimientos espirituales de la doctrina cristiana, han sido los elementos de la poesía que inventó los Artuses y Tristanes, los Roldanes y Oliveros, y los Palmerines y Amadis, preponderando en cada cual de estas fábulas caballerescas alguna de las cualidades que constituyen el compuesto de tantos medios poéticos de distinto origen.

Pero lo que mas caracteriza estas ficciones, es el espíritu vago y fantástico que domina en ellas. Productos de una imaginación sin freno, colocadas en un mundo ideal y sin límites, creado exclusivamente por ella y para ella, y tan lejanas de la realidad como de la verdad prosaica, aparecen como una fantasma impalpable en medio de los aires, cuyas formas vagas no pueden fijarse ni comprenderse. Aunque en esta clase de ficciones se ve el espíritu general de los tiempos, pocas se distinguen bien por el color local y gráfico de cierto y determinado país. Al considerarlas, parece que el universo entero era gobernado y dominado por una sola idea, y que todos los países del mundo estaban antiguos. Sin duda la falta de conocimientos geográficos é históricos daba libertad á los autores de libros caballerescos para colocar impunemente y sin escándalo la China á seis leguas de París, para hacer caminar un héroe en media hora millares de leguas, para crear islas é imperios que nunca existieron, y en fin, para considerar un soldado de Babilonia con los mismos hábitos y costumbres que un galante y aventuroso caballero normando. Siendo en este género de poesía todo vago y sin límites, se ven frecuentemente repetidas las mismas aventuras, y aplicadas á distintos héroes, sin que el entendimiento eche de ver inconsecuencia alguna, porque como en todos los caballeros prepondera casi un mismo sentimiento y una misma idea, nada se opone á que en sus acciones sean muy semejantes. Un espíritu poco mas ó ménos igual dirige á los Tristanes y Lanzarotes, y respectivamente á los Roldanes y Oliveros, á saber, el entusiasmo religioso, el ferviente proselitismo, el aprecio de la fuerza regida mas bien por el instinto, que contenida por las leyes, el culto hácia el bello sexo; la voluptuosidad disfrazada con colores místicos y platónicos, y en fin, la confianza sin límites que cada caballero tenía en sus fuerzas y valor personal, que le hacia acometer impertérrito un ejército numeroso y cien descomunales gigantes, sin dudar un punto de la victoria. ¿Quién se atreverá á comparar un Hércules por sus hazañas y su delicadeza en amor, con el valiente y amartelado Amadis? Aquel vence uno á uno los monstruos y tiranos de su patria, este se presenta impávido ante un centenar de endriagos que destruye en un momento; Hércules conquista una corona de laurel, Amadis una sonrisa de su dama; el uno depone su clava, ciñéndose una rueca al lado de Onfale, al otro le conduce Amor sobre la Peña pobre para expiar los desdenes de su amiga haciendo una penitencia ascética y religiosa.

La mitología griega, conservando eterna juventud y lozanía, se sonríe á la imaginación, y no tiene rival cuando trata de materializarlo todo. La de los siglos medios, melancólica y fantástica, que todo lo espiritualiza, templó algun tanto su lloroso semblante, ó la intensidad de su pasión, con las ficciones orientales y árabes que ha adoptado. A par de los follones y mal intencionados gigantes, pone los nobles y generosos caballeros, defensores de la oprimida inocencia; junto á las oscuras cavernas de los magos están los jardines y palacios encantados de Alcina, y en ellos los deliciosos placeres. Tal caballero lo sacrifica hoy todo al amor, que mañana se ciñe el hábito de ermitaño y expia sus pecados al pié de un rústico altar, donde otro desdeñado de su dama ó atormentado de remordimientos acude á buscar los consuelos de la religion. Yo no pondré en competencia los medios de una y otra poesía, pues si la caballerescas interesa mi corazón y mi alma por

la mezcla que en ella se observa de sensualidad y ternura, de debilidad y de razon, de flaquezas y arrepentimientos, y de heroísmo y superstición, la de los griegos con sus bellas y voluptuosas imágenes, y su ameno, rico y brillante colorido, halaga mis sentidos y se sonríe dulcemente á mi enajenada fantasía. Si alguna vez llega tiempo en que no choque ó se tolere ver el mundo maravilloso de los griegos antiguos mezclado con el de los siglos medios, como lo está con las ficciones orientales sin que se repare el anacronismo, lograremos tener un sistema poético que reuna todos los medios posibles de perfección, y entonces no nos repugnarán muchas de las ficciones del Dante y del Camoens, que ahora criticamos por inconvenientes.

Graves dudas hay sobre el orden sucesivo de las crónicas y poemas caballerescos; mas atendiendo al espíritu de cada seccion (vid. nota 26), yo pondria en primer lugar los de la conquista del Santo Grial, Artus y Tabla redonda, en seguida los de Turpin, Carlomagno y los Doce Pares, y por último, los de los Amadises (29). En los primeros advierto menos lujo de imaginacion oriental, y que participan mas de la sensibilidad de los pueblos del Norte; prepondera en los segundos el espíritu religioso con la disciplina monacal, y el deseo de conquistar almas para el cielo, llevando los caballeros la ofensa y defensa en la punta de la espada, y en el yelmo las santas aguas del bautismo, para dar eterna vida al vencido y moribundo enemigo cuando quisiera convertirse; y advierto, en fin, en los últimos la tendencia metafísica de una civilizacion mas suave, de pasiones mas refinadas y espirituales, y el imperioso influjo del bello sexo sobre una sociedad no menos guerrera y generosa, pero mas culta y perfecta. Vase marcando estas diferencias de una en otra gradualmente, por manera que parecen eslabones de una misma cadena, que enlazan otras tantas épocas de la sociedad, desde la conquista de los bárbaros á las peregrinaciones y cruzadas á la Tierra Santa, y desde estas al complemento de las ideas caballerescas alambicadas por la metafísica sutil, que el trato y roce con los griegos modernos introdujo en el Occidente. Poco costará percibir esta graduacion de cualidades empezada en los Artuses, y concluida en los Amadises, y la reunion de todas ellas en el *Orlando Furioso*, de Ariosto, producto grande y magnífico de la poesía caballeresca, donde comienza á notarse la tendencia filosófica de los siglos posteriores, preparada por el genio burlesco y satírico que inspiró á Pulci su *Morgante*.

Así como las crónicas de historia (30) tomaron y prestaron alternativamente asuntos á los romances que les pertenecen, tambien los poemas y libros de caballería debieron suministrar materiales á los caballerescos, que difundieron y vulgarizaron el espíritu suyo hasta entre las clases infimas del pueblo. Este, enlazando las nuevas fábulas á las tradiciones de los héroes indígenas, adornó á Bernardo del Carpio y otros caudillos semi-históricos, semi-fabulosos, con cuantas virtudes y hazañas constituian el heroísmo de aquellos tiempos. En esta clase de composiciones transpira el carácter grave, fiero y guerrero de los españoles, á la par que la propension aventurera de los normandos, la exageracion fantástica y melancólica de los árabes, y la rudeza de la poesía luchando con una lengua poco flexible.

La coleccion de *Romances caballerescos é históricos* que ahora publico, está dividida en las siguientes clases:

Primera, en caballerescos, ó varios, que no forman entre sí una serie de ficciones que pueda colocarse entre los ciclos fabulosos conocidos.

Segunda, en romances de la Tabla redonda y de Amadis.

Tercera, en los de los Doce Pares.

(29) He dicho ya que las crónicas caballerescas en prosa, escritas desde el siglo xiv al xvii, son imitaciones ó traducciones de poemas originalmente compuestos en verso y en los idiomas breton, walon y del país de Gales. Entre ellos se distinguen los poemas de Tristan, Perceval, el Galo y otros que, segun dije en la nota 24, ha descubierto Mr. Quinet y se propone publicar. Los libros caballerescos descendientes del *Amadis de Gaula*, son sin duda productos del ingenio español; mas no puedo creer lo sea igualmente el padre de todos ellos. Aun cuando, como se supone, exista un códice portugués atribuido á Vasco Lobeira, donde se halla este libro caballeresco, solo probaria que es el primero que imitando otro anterior lo dió á conocer. Así á lo menos parece, atendiendo á que el espíritu que domina en el *Amadis de Gaula* nada tiene de comun con la idealidad que preside en nuestra historia, con las costumbres del siglo xiv ni con los anteriores. Mucha mas semejanza tiene con los libros

de *Artus* y de la *Tabla redonda*. El *Amadis de Gaula* se resiente mucho de unas ideas feudales que casi nos eran desconocidas, pues los godos y los sarracenos, nuestros conquistadores, se amalgamaron tanto con el país y sus habitantes, que se confundieron vencidos y vencedores, y no existió nunca en general la categoría de siervos territoriales. Hasta despues de muy adelantada la restauracion del imperio castellano no se organizaron en España instituciones algun tanto feudales, y esto fué cuando por la condescendencia y la penuria de los reyes, y por los efectos de la reconquista, se concedieron á los grandes algunos derechos de jurisdiccion en los países que muchas veces recobraban á sus expensas.

(30) En el supuesto de haberse conservado las tradiciones populares en verso antes que en prosa, es muy natural que los romances suministrasen materiales para la historia.

Cuarta, en los propiamente históricos, ó que se refieren á hechos tradicionales tenidos por verdaderos.

Los de la primera division participan mas ó menos del carácter de todas las otras; en la segunda se perciben harto bien las cualidades de los originales de donde se han formado; y en la tercera, que viene y procede de la crónica latina del monje Turpin (31), se descubre el espíritu religioso y grave que de ella tomaron estas ficciones, con la exageracion gigantesca de un Roldan, solo comparable á la de Bernardo del Carpio. Pero donde descuella y se ostenta mas nuestro carácter nacional, es en los de la cuarta division, tomados del *Cancionero de Romances* y otras antologias (32), donde el rey Rodrigo, el Cid, Gonzalo Gustios de Lara, sus siete hijos, Ruy Velazquez, etc., son propiamente caballeros españoles, que luchan á brazo partido contra el dominio musulman en un país determinado, y tienen las ideas, los trajes y las costumbres de su misma nacion, tales como entonces eran.

Como dichos romances fuéron conservados oralmente hasta mediados del siglo xvi, y provienen de épocas muy anteriores, domina en ellos cierta difusion y rigidez de estilo, y cierto amaneramiento é inconexion de frases, con la costumbre de repetirse en unos versos, y aun trozos enteros de otros, que les quita todo mérito considerados como poesía; pero que les presta un indecible interés como monumentos históricos de nuestras tradiciones, de nuestra lengua y cultura, y al mismo tiempo nos conservan vestigios de los usos, costumbres y formas ideales que atribuia el vulgo á sus héroes.

Una observacion notable ocurre acerca de esta última clase de romances, y es, que aunque predominan en ellos las ideas caballerescas, carecen del color maravilloso que caracteriza los poemas franceses é italianos de igual género. Ni fadas, ni genios, ni encantadores, ni ficcion alguna árabe se encuentra en aquellos, y sin embargo del trato íntimo que teniamos con los moros, la parte que constituye lo maravilloso es allí puramente cristiana. Tal era el odio con que los españoles miráramos la fe de nuestros enemigos, que ni aun en poesía podiamos soportar sus ficciones, que detestáramos como obras del diablo. Nuestros héroes son por esta causa en los romances antiguos hombres extraordinarios y fuertes, sus armas de fino y acerado temple, y sus caballos de noble raza; pero no como en los libros y poemas caballerescos, encantados ni fadados. Apenas se encuentra en aquellos alguna otra reminiscencia de semejantes fábulas, y por esto son mas bien narraciones sencillas y áridas de hechos que carecen del brillo de una imaginacion verdaderamente poética.

Hasta fines del siglo xvi no adquirió la poesía castellana aquella rica inventiva, aquella gala y soltura, aquellas formas libres y fáciles, aquel lujo de colorido y de estilo, y aquellas dotes que tanto la ensalzaron en Europa, y que ahora empiezan de nuevo á apreciarse y á admirarse.

Los extranjeros que estudiando nuestra literatura confunden épocas y circunstancias, han anticipado el tiempo de nuestro verdadero romanticismo, considerado como sistema, atribuyendo á siglos anteriores lo que solo se verificó desde fines del xvi á mediados del xvii. En este intermedio, y no antes, se completó el amalgama y fusion de las partes heterogéneas que constituyen todo el brillo, riqueza, armonía y originalidad de nuestra bella literatura. Entonces se compuso la mayor y mejor parte de los romances del Cid y los moriscos (33), donde nuestros buenos poetas vertieron raudales de imaginacion y fantasía, probando al mismo tiempo no ignorar el arte de describir fuerte y vigorosamente, ya los caracteres, ya las costumbres. En las poesías anteriores á esta época se halla tal vez algun vestigio de la poesía árabe, mas bien por su tendencia melancólica y morosa, que por el lujo de imágenes y de colorido (34).

Yo considero á LOPE, GÓNGORA y sus contemporáneos como los primeros que com-

(31) Poco ventajoso es el cambio que hago del *Amadis* por la *Crónica de Turpin*.

(32) Todo el contenido del párrafo á que esta nota pertenece se refiere á las composiciones entresacadas del *Cancionero*, de la *Floresta*, y de la *Silva de romances*. Las que he tomado del *Cancionero general* pertenecen al siglo xiv y xv, y las que del *Romancero* al xvi casi todas, y pocas al xvii. Algunas he insertado del *Romancero de Sepúlveda*, serviles imitaciones del mal estilo de los romances antiguos; pero son pocas y únicamente para llenar algun vacío que otras dejaban.

(33) Hay con todo algunos que ascienden al siglo xv, y otros al xiv. Tales son los fronterizos, así llamados por ser las canciones donde los castellanos

celebraban las correrías que hacian en las fronteras de los moros.

(34) Mas resalta esta opinion comparando estos romances con los de LOPE, GÓNGORA ú otros poetas de los siglos xvi y xvii. Véanse los de *Fontefrída*, *Fontefrída*;—*Yo m'era Mora Moraina*;—*Que por mayo era por mayo*, y otros que he insertado en el *Romancero* de doctrinales, amatorios, etc. Estas cancioncillas en romances, particularmente las dos primeras, se hallan llenas de una tendencia dulce, melancólica y grave, que descubre bien á las claras su analogía de sentimientos con los pocos moriscos que en la *Historia de los árabes en España* ha traducido el sabio, modesto y amable D. José Antonio Conde.

prendieron el destino de la poesía castellana, y que abandonando la imitación de modelos latinos é italianos, establecieron el verdadero romanticismo español, tanto en la lírica como en la dramática. Así reunieron los elementos de la poesía popular, y crearon un sistema nuevo, compuesto con la brillante imaginación árabe, con la sentimental y vehemente pasión de los escandinavos, con la aventurosa y galante caballería de los normandos, con los profundos pensamientos del dogma y moral cristiana, y en fin, con el espíritu noble, guerrero, generoso y grave de su nación. Bajo el poderoso influjo de tan grandes ingenios, los versos cortos adquirieron toda la flexibilidad y dulzura que los distingue, y el romance octosilabo la perfección que le hace apto para expresar digna y convenientemente toda clase de pensamientos, y para adaptarse á todo género de tonos, desde el más trivial al más sublime. Hasta LOPE Y GÓNGORA los poetas doctos y eruditos, más que originales, apenas descendían con desden á la poesía del pueblo, y la abandonaron á los que por dicerio llamaban ingenios legos. Hubo sin embargo algunos á mediados del siglo XVI que se propusieron imitar los romances viejos, poniendo en verso los hechos de la *Crónica general*; tal fué LORENZO DE SEPÚLVEDA y otros que afectando más inspiración quisieron en estilo pomposo é hinchado popularizar episodios ó lances históricos de todas las épocas y naciones. Los del primero no dejan de presentar todavía mucho interés; los de los segundos no tienen otro que el de conservar algunas tradiciones populares que solo allí han dejado rastros y vestigios. Los poetas de la escuela docta anteriores al siglo XVI se propusieron por modelos exclusivos á los provenzales, al Dante y al Petrarca, y como todos los imitadores, estrecharon y anonadaron sus talentos ante los grandes originales que tenían á la vista. Por esto nuestra poesía erudita ó artística del siglo XV no tiene la grandiosidad de la del Dante ni la delicadeza de la del Petrarca; pero en desquite abunda en sutilezas metafísicas, y en una afectada galantería que se opone á la enérgica, natural y sencilla expresión de las pasiones. Posteriormente desde el siglo XVI al XVII BOSCAN, GARCILASO, HERRERA, RIOJA, LEON, VILLEGAS y los ARGENSOLAS dieron un grande impulso á la escuela docta, y la perfeccionaron aclimatando en España, además de los italianos, otros modelos más sublimes. Horacio y Virgilio vinieron á habitar nuestro parnaso con Anacreonte, y casi le limpiaron de las sutilezas con que le mancillaron los poetas de la corte de Juan II. Así modificada y ensalzada la escuela imitadora, supera á la de origen popular en artificio, buen gusto, estilo, cultura y filosofía; pero la cede en estro, nacionalidad, riqueza de imágenes, abundancia de fantasía, y sobre todo, en las galas de una invención inagotable.

Cuantos hechos y raciocinios contiene este escrito me obligan á presumir:

- 1.º Que los primitivos ensayos de la poesía castellana vulgar debieron ser los romances.
- 2.º Que á ellos debemos principalmente la conservación de las tradiciones populares revestidas con el tipo y carácter nacional.
- 3.º Que nos marcan los diversos grados de cultura y modificaciones que según los tiempos experimentaba la sociedad.

Y 4.º Que hasta fines del siglo XVI la poesía del pueblo, y por consiguiente el romance, no formaron un sistema completo y uniforme, capaz de llamar la atención de los sabios para adoptarle ó combatirlo.

Fácil es que yo me equivoque en cuanto llevo expresado; pero á lo menos me lisonjeo de haber tratado la materia con alguna novedad, y de haber promovido cuestiones importantes, que otros más sabios resolverán mejor, si quieren ó pueden. Si esto consigo, me doy por satisfecho del trabajo empleado en coleccionar los Romanceros que he publicado, y que presento en parte como modelos de buena poesía, y en parte como un medio filosófico de adquirir con su estudio muchos conocimientos acerca del carácter físico y moral que constituyó en nosotros la civilización de la edad media.

En este discurso, que versa en particular sobre la primitiva forma de la poesía castellana y los romances á ella pertenecientes, pudiera extenderme á proponer mi juicio acerca de los demás ya publicados en los volúmenes anteriores; pero además de haber dicho algo en cada uno sobre las poesías que contiene, nada puede añadirse á lo que con tanto saber, buena doctrina y gusto delicado ha escrito mi amado amigo D. Manuel José Quintana, en los bellos y perfectos resúmenes históricos de nuestra poesía, y en las excelentes notas críticas que ha insertado al frente y en el cuerpo de las dos secciones en que ha dividido su *Colección de poesías selectas castellanas desde Juan de Mena á nuestros tiempos*, cuya segunda edición acaba de publicar.

APÉNDICE AL DISCURSO PRELIMINAR.

DESPUES de escrito el discurso y notas que anteceden, un discípulo, como yo, del hombre más amable, sabio y celoso, que ha dedicado su vida á instruir la juventud, y á quien mucha parte de la de esta corte debe su afición y amor á los buenos estudios, me ha franqueado la siguiente advertencia, que inserto por la coincidencia de su contenido con mis ideas, por las miras útiles que contiene, por lo bien pensada que está, y por las noticias curiosas en que abunda. Así doy una prueba de mi aprecio y gratitud á quien ha tenido la bondad de franquearme este apunte.

POESIA BABLE.

« Pocas provincias de España conservarán más reliquias y recuerdos de venerable antigüedad, que conservan las Asturias. Su dialecto, conocido con el nombre de *Bable*, es sonoro, suave, y si no extremadamente rico, no tan pobre como creen algunos. Háblase en el interior de Asturias la misma lengua que se habló en España en los siglos medios, y muchas frases y giros que se conservan en el *Poema del Cid* son familiares á los labriegos asturianos. Las voces adquiridas de los árabes no traspasaron los aldeaños de Asturias: será lástima que se deje perder un dialecto que, bien estudiado, podría dar á conocer la etimología de muchas voces castellanas, y del que podríamos tomar las que nos faltasen, sin tener que mendigarlas del extranjero. El Sr. Jovellanos estimuló á varios literatos á que formasen un diccionario *Bable* bajo las reglas que trabajó; mas no llegó á concluirse tan difícil empresa. D. José Caveda tiene escrita una *Memoria* acerca de la antigüedad y mérito del dialecto de Asturias, digna de la luz pública.

» Una de las diversiones favoritas del país es la danza circular conocida con el nombre de *danza prima*. La mesura y sencillez de este baile son los mejores garantes de su antigüedad: Homero nos describe ya danzas circulares (*). Canta el pueblo en estas danzas romances sagrados ó heróicos, amorosos ó festivos, intercalados de algún estribillo, por lo común de asunto sagrado (**).

(*) Acaso las danzas circulares son resto y representación de la táctica guerrera usada en las sociedades incipientes y en países montañosos. En estos círculos se cantarían los himnos guerreros para animar los soldados: allí cada jefe los arengaría y comunicaría sus órdenes, y de allí saldrían ordenados los grupos ó pelotones para dar la batalla después de haberse ejercitado en el manejo de las armas. Los asturianos bailan aun su *danza prima* armados de gruesas estacas, que saben usar perfectamente para la ofensa y la defensa; apenas se acaba uno de estos bailes sin batalla de garrotazos sobre la preferencia que pretende tener alguno de los concejos de la provincia. Comúnmente el grito de guerra que precede á estas rijas, es el de *viva Pravia y muera Piloña*, ó al contrario. Los asturianos aman tanto estas danzas y costumbres, que donde quiera que estén y haya reunidos algunos aldeanos de esta provincia, arman su *danza prima* al son de los romances y una gaita, y se dan después de palos sin misericordia. (*Nota de D.*)

(**) Lo particular es que desde tiempos muy remotos todos los romances que para música de estas danzas se cantan en Asturias, son en castellano y de los más vulgares. En el lenguaje bable no se conoce ninguno anterior al siglo XVII, y estos, aunque popularizados un tanto, son obra de poetas artísticos que, no teniendo poesías viejas en el dialecto del país, las hicieron facticias é imitándole artificiosamente para dar una idea de lo que pudieran ser los cantos antiguos, que si los hubo se perdieron del todo ó se conservan entre las breñas de aquel país, adonde no han podido ó no han procurado todavía hacer penetrar sus investigaciones las personas cultas y aficionadas á ellas. Los romances y poesías bables que existen conocidos son pues muy modernos, hechos ex-profeso, y afectan artificialmente el dialecto ó los dialectos rústicos del país. Consiguiente á ello es, que los poetas que los compusieron buscasen las palabras más diferentes de la lengua castellana, y formasen una colección de las exclusivamente bables, por lo cual este dialecto aparece menos castellano que lo que es en realidad. No obstante, estas mismas composiciones facticias bastan

para probar que el lenguaje rústico que aun hablan los asturianos es bastante copioso y apto para la poesía, y que pudo tener una antigua y propia que nos es desconocida. El Sr. D. José Caveda, que nos suministró el asunto de este apéndice, ha publicado posteriormente una preciosa colección de poesías en el dicho dialecto, que está precedida de un prólogo sabio y erudito acerca de él y de los poetas que le usaron. Refiriéndonos en todo á lo que dicho señor ha expuesto, nos contentaremos con insertar aquí un fragmento de romance dialogado é inédito, que en el siglo XVII escribió D. Antonio González Reguera, con el pseudo-amónimo de *Anton de la Mariguera*, para muestra de esta clase de poesía, formada en el dialecto rústico, que creemos fuese el origen del nuestro vulgar. Dice así:

DIÁLOGO EN DIALECTO ASTURIANO.

TORIBIO.

Non quixera embarazabos,
Xuan Sauri, porque quixiás
Querrais dir para la llende
Ó au Dios vos ajudas.
Posá esa carga de lleña,
Y cuntarevos lo c'hay:
El tabacu y é canseva
Pedivolsu, claro está
E como ño hay un uchabu
Faréis llo que los demas.
El tabacu tien lla culpa
; Quién llo dixera que fai
Diez años, mal haya amen,
La infame necesida!

JUAN

Entoncia yera otru tiempu
Porque ño había rapaz
Que ño abaratás dineru
Mas q' agora un capellan.
; Oh que tiempu aquel pasadu,
Que una vaca y un tenral,
Valia traxta ducados
Y eso luego á encarguechar.
; Chá facer agora un probe
Si por ello ñon ó dan